
“De la convicción a la acción”

Josep Borrell

Mientras este 9 de mayo celebramos el Día de Europa, a nadie se le oculta el *impasse* en el que se encuentra el proyecto de integración europea. Desde hace casi un año, los europeos nos interrogamos sobre la forma de salir de la situación creada por el rechazo de Francia y Holanda al proyecto de Tratado Constitucional.

Para debatir sobre este incierto futuro de Europa nos reunimos estos días en la sede del Parlamento Europeo (PE) más de 200 diputados de todos los parlamentos de la Unión y de los países candidatos. Sólo faltan los italianos, que en esos momentos están eligiendo al presidente de la República.

En el orden del día de esta conferencia interparlamentaria están cuatro grandes temas básicos para el proyecto europeo: las fronteras de la Unión y su papel en el mundo; la globalización y el modelo económico y social europeo; el espacio europeo de libertad, seguridad y justicia; y los recursos financieros de la Unión.

Conviene recordar que esta reunión tiene lugar porque, desde el mismo día de su firma, el Tratado de Niza fue considerado insuficiente para responder a los desafíos de la Europa ampliada. Y que, desde el Consejo de Laeken, ¡en el año 2001!, está en marcha un proceso que pretende construir una Europa más eficaz, más democrática, más transparente y que responda mejor a las necesidades de sus ciudadanos.

Es cierto que una mayoría de Estados miembros ha ratificado el proyecto de Constitución. Simbólicamente Estonia la ratifica en este Día de Europa y Finlandia lo hará durante su presidencia, en el segundo semestre de este año. Por su parte, el PE respaldó el proyecto de Tratado Constitucional por una gran mayoría. La Constitución no está muerta, como muchos pretenden.

Pero el no francés y holandés han bloqueado el consenso alcanzado en la Convención. Desde entonces nos preguntamos si esta Constitución entrará en vigor, si es necesario reformular algunas de sus partes, si debería llamarse de otra forma. Hay quien incluso se pregunta si sería mejor abandonarla, y todos nos interrogamos sobre la manera de reconciliar a los pueblos de Europa con este proyecto.

Nos hemos planteado estas cuestiones mil veces, en todas las variantes posibles, en múltiples foros y debates.... Pero seis años después de Niza, hemos aquí, en el llamado “periodo de reflexión”, con las mismas preguntas que se formularon entonces, agravadas por el paso del tiempo. Europa parece un alumno que repite curso...

Ante esta situación, la Unión parece orientarse hacia el desarrollo de políticas sectoriales concretas, tratando de ofrecer resultados tangibles sobre tal o cual cuestión de actualidad.

Todos estamos de acuerdo en la necesidad de articular respuestas concretas a las necesidades de los ciudadanos europeos, pero parece como si ante la falta de un proyecto para Europa debiéramos conformarnos con la Europa de los proyectos...

Ciertamente, cuando concluimos los trabajos de la Convención no podíamos imaginar que tropezaría con tantas dificultades, o al menos no imaginamos que podrían venir de donde finalmente vinieron.

Conviene por ello recordar que Paul-Henri Spaak, ministro de Exteriores belga y uno de los padres fundadores de Europa, escribió en sus memorias —*Combates inacabados*— que durante la elaboración del Tratado de Roma “cada vez que se presentaban dificultades, extraíamos de nuestras convicciones la imaginación necesaria para superarlas”.

Y tenía razón... para su tiempo.

Pero los tiempos han cambiado. “En su mayor parte —continúa Paul-Henri Spaak—, la opinión pública no era hostil; era sólo indiferente. Europa fue la obra de una minoría que sabía lo que quería”.

Pero hoy eso ya no es posible; ni sería tolerable que la construcción de Europa siguiera siendo el resultado de una pequeña minoría ilustrada.

Por tanto, el método de la Convención que sustituyó al método de los cónclaves diplomáticos y a las negociaciones entre gobiernos a puerta cerrada fue el adecuado.

Pero, ¿fue suficiente para conseguir la adhesión popular? Es evidente que no.

Lo importante es saber si nuestros pueblos comparten hoy las suficientes convicciones para definir objetivos comunes, y si nuestros gobiernos tienen suficiente imaginación para alcanzarlos. Si podemos pasar de la convicción a la acción como hace 50 años.

Entonces se eludió definir claramente los objetivos de la Unión para evitar, ante la disparidad de criterios, perder parte de los “pasajeros” dispuestos al viaje.

Pero ahora el riesgo no es perder parte de los pasajeros, mucho más numerosos, sino el viaje entero, es decir, la viabilidad de un proyecto de integración política capaz de desempeñar un papel en el mundo globalizado.

A reflexionar sobre ello hemos dedicado casi un año. El próximo mes de junio el Consejo se reunirá para evaluar lo conseguido hasta ahora.

Cierto que es necesario reflexionar y, sin duda, escuchar. Pero después de la reflexión y el debate deben venir las propuestas. El “periodo de reflexión” no se puede eternizar.

Por eso la conferencia interparlamentaria de estos días pretende marcar

una nueva etapa: un periodo de propuestas.

Es hora de que también nosotros —como Spaak y su generación en otros tiempos— seamos capaces de extraer “de nuestras convicciones la imaginación necesaria” para reactivar el proyecto europeo; y que nuestras reflexiones sirvan de estímulo al próximo Consejo Europeo de junio para desbloquear el debate.
